

IN MEMORIAM

Josep Vives i Solé: un teólogo tan descreído como creyente

A los pocos días de caer enfermo el amigo Vives, lo comuniqué al director de la editorial Sal Terrae en una conversación telefónica: «“gran teólogo, injustamente olvidado” fue su comentario rápido al que yo añadí: “quizá dirías mejor: humildemente escondido”»...

Todavía ayer recibí un correo de una religiosa peruana que había estudiado aquí dos años: «Me acabo de enterar del paso a la casa del Padre de nuestro querido Pep. (...) Los dos años que pasé con Ustedes fueron de los mejores de mi vida y dejaron profunda huella. Espero que Dios me ayude a hacerlos fructificar y agradecerles. Me viene en mente un pequeño texto de K. Barth en su comentario a Rom 1,22: “si se hacen hermanos de los pobres abrazando la pobreza, solo entonces se conoce a Dios. Solo en la profundidad de la comunión real se hace verdad la compasión de Dios”. Nuestro querido José se hizo verdadero compañero de Jesús abrazando la causa de los pobres y nos hizo atisbar la Voz del que rechaza todos los ídolos... Ahora lo está gozando “como ningún ojo vio” y nos está abriendo camino»...

Comienzo con estos testimonios porque creo que la mejor manera de hablar de la teología de Vives es hablar de su persona: lúcido hasta el sarcasmo porque estaba muy por encima de las cosas, desde su fe en la inefabilidad de Dios. Pero cercano hasta la ternura porque llevaba todas las cosas en lo más hondo del alma, desde su fe en el amor de Dios

Había nacido en Montferri en 1928 y se ordenó en San Cugat en 1959. Familia de viñadores y buen catador de vinos, creo que esto le hizo también buen degustador de la mejor teología. Llegó a la teología desde las humanidades clásicas que estudió en Oxford (de 1952 a 1956), y tras una tesis sobre el

origen y fundamento de la ética platónica (1964). Había sido antes profesor de lengua y literatura griega de los juniorenses jesuitas, y también profesor de filología griega en la UAB (de 1970-74). Ejerció su docencia en nuestra facultad, cuando recibía el nombre de *Facultat de Teologia de Barcelona* (Secció Sant Francesc de Borja) entre 1968 y 1984. Tras dicha fecha fue profesor de la refundada *Facultad de Teologia de Catalunya* hasta 1998, momento en que fue designado profesor emérito,

Pero estos datos son lo menos importante. Quizá por esos orígenes, entró en la teología por la puerta de los Santos Padres hasta acabar dando a luz un libro-antología (*Los Padres de la Iglesia*), con una serie de textos traducidos e introducidos por él, que ha sido muy útil para conectar a algunos con esa tradición ayer tan recuperada y hoy tan olvidada. Pasó después al tratado de Trinidad, por necesidades de planificación académica y allí desplegó su actividad teológica intentando, según otra de sus ironías, «reconvertir esa especie de matemáticas irracionales en amor que supera toda razón». Quizá por ese empeño, uno de sus libros más famosos, dedicado a Juan de la Cruz, lo tituló *Examen de amor*, aludiendo a la frase del místico abulense: «al atardecer te examinarán del amor». Pero (evocando la estrofa de *La noche oscura* que comienza: «quedeme y olvideme»), se permitió añadirle un epílogo («Los olvidos de un místico»), para aclarar que eso del amor a Dios no tiene nada que ver con el olvido del amor a los seres humanos, sino al revés: solo en ellos se verifica y se plenifica.

Esa aclaración tan cristiana la desarrolló más en otro escrito que constituye, en mi opinión, una de las mejores páginas sobre Dios que se escribieron en el siglo xx. Se titulaba «El ídolo y la voz. Reflexiones sobre Dios y su justicia», y apareció en el primer libro editado por el Centre d'Estudis Cristianisme i Justícia (*La justícia brolla de la fe*), en cuya área teológica trabajó desde la fundación del Centro. Allí explicaba que siempre que intentamos acercarnos a Dios, tratando de apresararlo por la línea de la visión, de la comprensión, solo vamos a dar en un ídolo. El misterio de Dios es tan inefable y tan inaccesible que solo accedemos pálidamente a Él a través de la escucha de esa voz que, por otro lado, anida en lo más profundo de todo ser humano, y que nos llama a amar al prójimo: a la fraternidad, a la ternura, a salir de nosotros mismos, y a vivir esa llamada no como un mandamiento sino como una respuesta: como una invitación a sabernos hondamente amados por Dios desde la más radical libertad: «sal de tu patria y de tu parentela», es lo que según la Biblia creyó escuchar Abrahán. Y esa llamada llevó al patriarca a una aventura que continúa hasta hoy en nosotros.

La referencia a la voz culminó en su obra más clásica (*Si oyerais su voz. Exploración cristiana del misterio de Dios*), un tratado sobre la Trinidad, a la

que presenta como respuesta a la crisis actual de Dios. Por eso cierra el libro encarando la crisis de la idea de Dios en la Modernidad, desde la convicción de que «la *hybris* del pensamiento moderno sobre Dios ha sido querer alcanzar a Dios, pensarlo como objeto propio y directo de conocimiento; más aún: querer hacer de la idea de Dios garantía inmediata de todo otro conocimiento». El último capítulo de ese libro se titula «Pensar conjuntamente a Dios y al mundo»; allí «la Voz» que llama se despliega en una especie de mar de amor que nos envuelve, y que le llevaba a repetir en sus últimos años: «solo sé una cosa: que Dios me quiere profundamente». Por eso cerraba la obra con estas palabras: «reconociendo esa voz del Infinito incognoscible que no deja nunca de resonar, (es) como podremos llegar a conocer lo que verdaderamente somos nosotros: llamados a ser —por don de Dios pero con responsabilidad nuestra— “pueblo de Dios”, libres “hijos suyos”, no esclavos de un mundo fatal o absurdo o —lo que es peor— esclavos unos de otros».

Toda esta seguridad, no le impedía comentar después maliciosamente que, aunque es verdad eso de la absoluta incomprendibilidad de Dios para nosotros, también habría que añadir que «a los seres humanos no nos entiende ni Dios». Y así sonreía cuando, después de haber sido tan catalán y tan catalanista, se creía obligado a hablar ahora de «el sainete catalán». Y no cuento esta anécdota para indisponerlo con nadie sino solo para dar a entender con qué paciente sentido del humor encajaba las desilusiones.

Por esa pasta humana, cuando fue dejando de trabajar, poniendo en práctica la norma de sus últimos años: «no fotre res a major gloria de Dios», resultó una presencia imprescindible, una compañía gratificante, un escuchador incansable y un consejero entrañable, tanto en la comunidad como en la enfermería o entre el personal de servicio de la casa-enfermería. Allí nos dimos el último apretón de manos, más largo de lo ordinario, cuando, cinco días antes de su muerte, me despedí porque salía yo hacia Valencia. Allí me pasó fugazmente por la cabeza la famosa suplica del poeta Horacio: «et serves animae dimidium meae». Me pareció no obstante que no había peligro, quizá por esa mejoría que suelen experimentar muchos enfermos poco antes de partir. Pero no fue así.

Pero todo eso ya son hoy cosas «del viento y de la espuma», como decía Leopoldo Panero en unas estrofas que me gusta repetir: «te miro y pienso en las cosas que no se acaban jamás / porque Dios las ha mirado y no las puede olvidar. / Una noche cerraremos nuestros ojos, lo demás / es del viento y de la espuma. Pero el amor vivirá».

Así de sencilla puede ser la lección y el recuerdo de este pesimista de incansable sonrisa: el amor vivirá.

José Ignacio GONZÁLEZ FAUS